

A close-up photograph of a human fingerprint, showing the intricate ridges and valleys. A small, dark, irregular object is placed on the ridge at the top center of the image. The lighting is warm, highlighting the texture of the skin.

18 Colección
Ciencias Sociales

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales

Gustavo A. Muñoz Marín, Jesús David Cifuentes Yarce
Compiladores



Universidad
Pontificia
Bolivariana

128

M971

Muñoz Marín, Gustavo A., compilador

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales /

Gustavo A. Muñoz Marín y Jesús David Cifuentes Yarce, Compiladores – 1 edición –

Medellín : UPB, 2021. -- (Colección Ciencias Sociales)

296 páginas : 14 x 23 cm.

ISBN: 978-628-500-005-8

1. Antropología filosófica – 2. Multiculturalismo – 3. Ecosofía – I. Cifuentes Yarce, Jesús David, compilador – II. Título

CO-MdUPB / spa / RDA

SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Humanismo y transhumanismo: reflexiones desde las ciencias humanas y sociales

ISBN: 978-628-500-005-8

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-005-8>

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales

Facultad de Trabajo Social

CIDI Grupo Territorio, Radicado: 607B-05/16-12

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

CIDI Grupo Epimeleia, Radicado: 195C-06/18-42

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Gestora editorial: Dora Luz Muñoz Rincón

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Mercedes Ruiz Mejía

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Foto Portada: Shutterstock ID: 1785552848 y 1958748352

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2138-20-08-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Multiculturalidad: una necesidad en la formación universitaria

Johman Carvajal Godoy*

La comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas.

Juan Pablo II (2021)

La educación para el siglo XXI tiene como misión y desafío lograr la humanización de todo el sistema de relaciones de las personas y sus instituciones. Lograr estos propósitos sólo es posible si la educación se concibe como un proceso permanente que dura toda la vida y alcanza todos sus espacios y que a la vez incluye a todos los seres humanos, a todas sus instituciones y a todas sus estructuras.

Rivero (1998, pp. 47-48)

* Doctor en Filosofía. Docente Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Integrante del Grupo de Investigación Teología, Religión y Cultura, Colciencias. johman.carvajal@upb.edu.co. Este capítulo es producto de investigación del proyecto: "Identidad de la UPB en el siglo XXI". CIDI-UPB 2017

Desde sus orígenes, la universidad ha enfrentado los mismos problemas: una excesiva profesionalización, demanda de mano de obra calificada, un cientifismo ramplón y narcisista, una desmesurada pérdida de valores, la guerra como medio de dominio y expansión del poder, cambios sociales imprevistos, corrientes filosóficas apocalípticas, control desde sistemas de poder autoritarios que atentan contra su autonomía y la tendencia recurrente a la deshumanización de las profesiones, los grupos humanos, las religiones, la ciencia, la política y la cotidianidad.

Desde el siglo XIII hasta hoy, la universidad ha enfrentado lo mismo, pero con diferentes rostros. Sin embargo, en este caótico panorama la educación siempre ha tenido el mismo ideal: humanizar, aunque no es una misión que le competa solo a ella... también es una obligación de las religiones, la familia y las sociedades que respeten y tengan como prioridad la dignidad del ser humano. Empero, es una de sus funciones fundamentales: educar es humanizar. Se trata siempre del ser humano, del ideal de formar seres humanos integrales que sepan leer el mundo que les toca, con capacidad crítica y criterio ético.

Estas dificultades nos llevan a las siguientes preguntas: después de ocho siglos, desde las primeras universidades hasta hoy, ¿somos mejores que las comunidades de las primeras centurias de la universidad? ¿Somos mejores seres humanos después de dos mil años de la *civitas* romana y de la *polis* griega? ¿Mejores que las sociedades que vieron a los humanistas del siglo XIV y el XV? ¿Mejores después de la reiteración, generación tras generación, de que estamos en crisis de valores? Porque eso es algo que se repite sin cesar. Cada generación cree que es mejor que la posterior, pero se olvida que ello ocurre, precisamente, porque estamos inmersos en procesos educativos, ya sea en la academia o en la familia. Educamos según modelos institucionalizados que, según hemos considerado, son los mejores para una convivencia exitosa. Platón en la *República* esboza un programa de educación para los jóvenes atenienses; los maestros de las universidades medievales sostenían que sus estudiantes eran disolutos e impenitentes; los maestros de los siglos XVI y XVII decían que sus estudiantes eran dispersos y perdían los valores cristianos (como ocurrió con el joven Kepler: faltando pocos meses para graduarse como teólogo de la Universidad de Tubinga, sus maestros se enteraron de que en un perdido pueblo, llamado Gratz, necesitaban a un profesor

de matemáticas e inmediatamente lo enviaron allí, no por mérito, sino para deshacerse de él, pues había hecho defensas públicas del heliocentrismo copernicano y apologías de la predestinación que predicaban los calvinistas en una universidad que era el bastión del luteranismo. Kepler era un estudiante rebelde del que uno de sus maestros sentenció: es un buen matemático, pero va a ser un pésimo sacerdote. Nunca se graduó como teólogo).

Es una cuestión recurrente. Es normal que muchos maestros afirmen lo mismo de sus estudiantes, ¿qué hacer? Estamos en una crisis de valores. Pero siempre lo estamos. Es misión de la universidad enfrentar esas crisis, siempre lo ha hecho. Porque no somos mejores que nuestros antepasados. Seguimos siendo, como el título del libro de Nietzsche, *humanos, demasiado humanos*. Con todas las debilidades de los seres humanos: ambición, envidia, odio, xenofobia, racismo, explotación, esclavización, abuso de poder. Es por eso que la formación universitaria debe apuntar, además de a lo que fundamenta lo profesionalizante (en el sentido amplio de la palabra de adquirir habilidades y destrezas para un trabajo), también a la formación humanista, a lo que nos hace mejores personas. Y eso solo se hace en la convivencia de maestros y estudiantes. En el aire flota la pregunta: ¿cómo enseñar ética?, ¿enseñando teorías éticas con una colección de autores? Eso es valioso, pero lo esencial no se centra ahí. Lo fundamental está en lo que el maestro les transmite a sus estudiantes con el ejemplo, la puntualidad, el uso adecuado del tiempo de clase, el trato respetuoso y justo. Tratar a todos por igual sin distinción de raza, religión, sexo o ideología política. Que los estudiantes aprendan que no todo el que piensa diferente a uno es un degenerado, que no todo el que disiente es un malvado más cercano al infierno que al cielo permitido por clases política, sociales o religiosas. Que se sepa el valor de educar en el debate, el disenso, la confrontación de ideas, la *disputatio* de la que hablaban los medievales —hasta de los medievales debemos aprender—.

Si tenemos una acumulación histórica de eventos educativos que nos han mostrado el camino del respeto por la dignidad humana, ¿por qué no hemos aprendido? ¿Por qué razón no somos mejores personas que los griegos atenienses de la época socrática o los cristianos que escucharon los sermones de Jesús de Nazareth o los italianos renacentistas del siglo XIV o los mayas que construían ciudades impresionantes mientras Europa era un lugar del tercer mun-

do o mejores que los europeos del racionalista siglo XVIII? Se supone que por todo ese bagaje cultural, esa acumulación de conocimiento y el haber pasado por proyectos educativos impresionantes como la *paideia* griega, la *humanitas* romana, la *universitas* medieval, el universo renacentista, el desarrollo de la física-matemática del siglo XVII, el surgimiento de las ciencias humanas y sociales, y el *boom* de la tecnología, la ciencia y la industrialización de nuestro tiempo, deberíamos ser mejores personas y encontrarnos en un estado ideal, muy parecido a la utopía de Thomas Moro o a los paraísos soñados por la literatura, la ciencia, la tecnología o los sistemas políticos.

Pero fue precisamente esa acumulación de conocimiento lo que llevó al desarrollo impresionante de la ciencia y la tecnología en los siglos XVII y XVIII en Europa. Y una de sus peores consecuencias fue el colonialismo, la esclavitud, el racismo y la violencia hacia los colonizados. Se mostró lo peor del ser humano bajo la bandera de llevar la “civilización” al resto del mundo. Además, fue en el ámbito de esa acumulación de conocimiento que vimos las dos guerras mundiales del siglo XX, el holocausto nazi, guerras civiles en el tercer mundo como consecuencia de la Guerra Fría, exterminio de grupos humanos como la guerra de los Balcanes, la eliminación de los tutsis en Ruanda y Burundí, la cruzada de Occidente contra las naciones árabes de Oriente Medio ambicionando su petróleo, el deterioro del medio ambiente por la ambición de la minería y el empobrecimiento y las hambrunas de un enorme porcentaje de seres humanos como resultado de la especulación financiera.

Una cosa es clara. Esos proyectos educativos convivieron con lo peor del ser humano. La *paideia* griega y la *humanitas* romana con la violencia, la ambición, el expansionismo militar, la esclavitud y las guerras. La *Ikada* es solo un canto a las miles de guerras en las que se vieron involucrados los griegos contra ellos mismos y contra otros pueblos que colonizaban. Ni qué decir de la conocida *pax romana* con la que, en nombre de la superioridad racial y cultural, los romanos se arrogaban el derecho de adueñarse de tierras, riquezas y seres humanos para esclavizarlos. La *universitas* medieval coincidió con la invención de las armas de fuego y con las investigaciones en esas mismas universidades para hacerlas cada vez más efectivas y mortales; unos siglos más tarde, en las *Consideraciones* de Galileo y en los *Principios de la filosofía* de Descartes, se menciona la importancia de la balística como ciencia y el papel de los científicos en el

desarrollo de las tecnologías de guerra de la época: el expansionismo militar inglés fue por todo el mundo, a mediados del siglo XVIII, una consecuencia del desarrollo de las ciencias físico-matemáticas del siglo XVII en las que Galileo y Descartes fueron protagonistas de primera línea. Y no solo eso. La *universitas* también coincidió con las guerras entre cristianos y musulmanes por religión, expansión de territorios y dominio de rutas comerciales, además con la expulsión de judíos y musulmanes de España y Portugal. Adicionalmente, coincidió con el atroz tráfico de seres humanos como esclavos desde las costas occidentales de África hacia América por más de tres siglos. Ni siquiera una nación como la nuestra, que se consideraba cristiana por herencia e inspiración, se vio libre de ello. Colombia, que fue independiente definitivamente en 1819, siguió esclavizando y traficando a sus propios nacionales hasta 1851, tan cristianos como sus esclavistas.

El padre Alfonso Borrero, S. J., lo señalaba en los difíciles años ochenta del pasado siglo. ¿Qué es lo que falla para que la universidad no resuelva todos los problemas de la sociedad, cuando todo el mundo espera de ella todo tipo de soluciones, desde las laborales hasta las morales y éticas? Al fin y al cabo, si la sociedad funciona mal es culpa de ella, dicen con cierta saña aquellos que no proponen soluciones, pero que esperan que sea ella quien resuelva los problemas. La corrupción política, por ejemplo, es la consecuencia de la escasa formación en ética y valores que ofrecen las universidades; no es culpa de la ambición de los corruptos, las decisiones propias ni el deseo de poseer riquezas lejos del duro y disciplinado trabajo. Las guerras son consecuencia del desarrollo del conocimiento y la tecnología en las universidades, mas no del expansionismo colonial y económico de las naciones. Lo que es claro es que la universidad es un espacio en el que conviven personas con intereses comunes, que deben proponer soluciones, en medio de otras instituciones, pero no necesariamente es la panacea. Ningún gobierno o entidad estatal debe culpar a las universidades de los males sociales, pues, al fin y al cabo, la universidad es una comunidad minoritaria articulada a la gran maquinaria social.

Es por ello que el padre Borrero dice que la universidad debe ser un espacio de interacción de maestros y estudiantes donde no solo se hacen propuestas para solucionar los problemas que se presentan, sino también para preparar a las personas para enfrentar

retos sociales, religiosos, económicos y políticos. Y prepararlas significa formarlas en criterios para poder resolver esos problemas y esos retos que se presenten en todo momento, es decir, darles herramientas para que desarrollen inteligencia. La universidad, pues, no debe preocuparse, escribe Borrero, de las imposiciones o modas impuestas por la empresa, los grupos políticos o las tendencias pedagógicas que responden a intereses socioeconómicos. “Preocupa a las universidades y las profesiones la forma de habérselas hoy con los sectores vecinos de la ciencia y la organización científico-técnica del trabajo. Inquieta el excesivo *titulismo* ignaro de la educación y centrado en la instrucción y en excluyentes entrenamientos para el trabajo productivo” (Borrero Cabal, 2006, p. 634). Todo se resume en una frase: no se ha entendido lo que significa educar. Educar no es instruir en una profesión para obtener mano de obra calificada, no es transmitir un cuerpo de conocimientos para preparar personas para el medio laboral.

¿Qué significa, pues, educar? Por educar entendemos, esencialmente, humanizar. Es decir, ofrecer espacios de comunión entre maestros y estudiantes para que en el acto educativo se propicie la autotransformación, lo que genera espacios de confianza, de encuentro y reconocimiento del otro a través del diálogo, el disenso, el debate y la solución de conflictos para la adquisición de capacidades, destrezas y habilidades que sean las condiciones de posibilidad de la construcción bidireccional del conocimiento.

En segundo lugar, educar significa que maestros y estudiantes cultiven los valores que constituyen lo más esencial de la condición humana: libertad, creatividad, imaginación, el cuidado de sí, el cuidado del otro y del entorno, además de las dimensiones del ser humano, esto es, las manifestaciones políticas, artísticas, simbólicas, filosóficas y científicas para poder comprender los códigos de las diversas culturas y los sistemas de significación que circulan en el entorno y en el ámbito nacional y mundial. En otras palabras, es poder permitir pensarse a sí mismo y en relación con un contexto científico, político, religioso, histórico, social, económico y ambiental, lo que posibilita aplicar la inteligencia a las realidades concretas al estar atento a los constantes cambios y a los retos y desafíos planteados por dichos contextos y sus interrelaciones. En este orden de ideas, la formación pluricultural es básica para pensar y entender el mundo que nos rodea y el mundo que nos tocó.

De este modo, el cardenal Paul Poupard en su *Santo Tomás de Aquino y la vocación de la universidad católica* expresaba:

Pero formación integral, o sea, *sapientia*, significa sobre todo el crecimiento como persona en todos los órdenes. Los antiguos se verían sorprendidos al comprobar que la universidad no siempre hace mejores a quienes enseñan o quienes aprenden. Y no les faltaría razón. ¿De qué nos serviría formar excelentes técnicos, médicos, abogados, empresarios, si carecen de una visión armónica del saber y del mundo, si no están preparados para hacer frente a los problemas éticos y morales que el ejercicio de su profesión les va a plantear inexorablemente? Personalmente les confesaré mi temor a vivir en un mundo dominado por expertos sin alma, a merced de especialistas que saben casi todo acerca de muy poco y casi nada acerca de todo lo demás, de las cosas que verdaderamente importan.

De no ser así, ¿qué clase de universidad sería aquella que, por aumentar su rendimiento con vistas a satisfacer la demanda de puestos de trabajo en el mercado, elimina como superfluas las grandes cuestiones de la existencia humana, Dios, el sentido de la vida, la muerte, la justicia, la paz tal y cómo se nos presentan en la literatura, la historia, la reflexión ética y la búsqueda del fundamento de las cosas? ¿Qué médicos, informáticos, fisioterapeutas, periodistas, ingenieros, publicistas serán aquellos que saben cómo funcionan las cosas, pero no para qué? ¿De qué sirve construir puentes, proyectar complejos industriales, diseñar sofisticados programas informáticos o conocer las más avanzadas técnicas de cultivo celular, si no sabemos para qué los queremos? La sociedad de la hipertrofia de los medios y de la atrofia de los fines —en expresión de mi admirado Paul Ricoeur— corre el riesgo de convertirse en alguna de las peores pesadillas diseñadas por las novelas de ciencia ficción: el mundo sometido a la racionalidad técnica instrumental, en la que el hombre es considerado únicamente un engranaje anónimo del complejo mecanismo social, considerado en función de criterios de eficiencia y rentabilidad. Un mundo donde no hay sitio para aquello que no sea útil (Poupard, 2005, pp. 8-9).

El peor escenario es que si nuestro país o, si se quiere, el mundo entero colapsa, la universidad perezca con ellos, y no solo ello, sino que su desaparición anteceda cualquier tragedia política, económica o social. Un sistema educativo obsoleto que sirva de conejillo de indias para justificar el caos. Por lo menos en Colombia, al sistema educativo le meten la mano burócratas que pagan cuotas políticas. No los maestros o los estudiantes. ¿Quién más podría saber de educación que un maestro que comparte el olor a lápiz y vive día tras día las alegrías y los pesares de los estudiantes, y sabe cuáles son sus falencias y sus fortalezas, en el nivel del conocimiento y de su formación como persona? Es bien sabido que el *titulismo* ignorante y el analfabetismo del entendimiento propenden por sistemas educativos carentes de capacidad crítica, de ignorancia completa o parcial de la historia, el arte, la política, la ética, las religiones, la filosofía y la ciencia, de ceguera frente a los hechos cotidianos de la política local, nacional e internacional, de la manipulación de los medios de comunicación.

Nuestros escolares siguen cantando el himno nacional cada 12 de octubre para celebrar la llegada de Colón al Nuevo Mundo, pero ¿saben qué procesos históricos hay en ese evento? ¿Qué rodaba por la cabeza de los europeos de finales del siglo xv o cuáles son las circunstancias que conectan el colonialismo europeo en América con la división religiosa de Europa en la primera mitad del siglo xvi? ¿O qué tipos de individuos eran Pizarro, Belalcázar, Jiménez de Quesada o Jorge Robledo? En Perú, en Cali, en Bogotá y en Santa Fe de Antioquia siguen siendo héroes que nos salvaron de la barbarie y sus monumentos adornan los parques principales. Y esto se repite una y otra vez en nuestra historia: violentos asesinos que pasan como mesías o salvadores de la patria. Pero no se menciona nunca la violencia al nativo indígena, el triste comienzo histórico del despojo de sus tierras y de su cultura, tampoco la violencia sexual a la mujer indígena, el exterminio de niños por el hambre y las guerras, mucho menos la atroz esclavitud que conllevaba la explotación económica de las nuevas tierras, menos aún que indígenas y negros prácticamente no eran ciudadanos colombianos hasta la Constitución de 1991, que no tenían derecho a la tierra porque no tenían cédula ni derecho a todo lo que se hace con ese papelito en Colombia. ¡Por supuesto que no!

Uno de los principales peligros de no entender la tarea fundamental de la universidad, esto es, educar, es no comprender el papel central que en ella juegan los maestros y estudiantes; es considerar que ella está más al servicio de la sociedad o de la empresa o de una ideología política o de una tendencia pedagógica. De la estrecha relación maestros-estudiantes es de donde salen las ideas, los proyectos, las investigaciones. Son ellos quienes identifican las necesidades y las fortalezas de una sociedad determinada, quienes están al tanto de los avances de la ciencia y la tecnología, de los problemas de la enseñanza misma que los convoca. Las tendencias del aprendizaje no deben salir de decretos o leyes de burócratas que nunca han estado en un aula de clase ni en una biblioteca, aunque sea de paso, sino de aquella comunidad de maestros y estudiantes. Solo ellos saben qué es una universidad y qué debe hacerse en ella.

Si olvidamos lo esencial de la universidad —que su función principal es educar—, la podemos convertir en una fábrica de obremos, de “mano de obra”, de personas expertas en un quehacer, pero con una limitada formación cultural y humana. Individuos especialistas con una escasa visión del mundo y del cosmos, y con una reducida capacidad crítica. Con una inteligencia manipulable por los intereses ideológicos, políticos, económicos o religiosos de una sociedad, es decir, seres humanos que estuvieron varios años en la universidad, pero que no son educados.

La universidad, entendida así, es como una extensión de la primaria y el bachillerato, los cuales, al fin y al cabo, hacen parte de un sistema obsoleto de formación. Tenemos, de este modo, egresados universitarios con el mismo nivel de inteligencia y la comprensión del mundo de un adolescente de bachillerato. No es raro encontrar a personas con muchos títulos profesionales y de posgrado cuya capacidad crítica y visión del cosmos es supremamente limitada. Personas que siguen pensando la formación humanista como “relleno”, como pérdida de tiempo, como materias cuyo fin es “llenar” horarios para cobrar más dinero. Esta subvaloración es frecuente y es el principal síntoma de la escasa “inteligencia crítica” de gran parte de la población universitaria, desde directivos, pasando por profesores, padres de familia y estudiantes. Es un alejamiento total de la idea de formación, necesaria para que una sociedad funcione y requisito

previo para el ejercicio de la democracia¹. ¿Qué hacer? Salvar a la comunidad bidireccional de maestros y estudiantes, el núcleo de la universidad de ayer, de hoy y de todos los tiempos. Lo demás son especulaciones.

Referencias bibliográficas

- Borrero Cabal, A. (2006). *Educación y política La educación en lo superior y para lo superior. El maestro*. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana.
- ____ (2008). *La universidad. Estudios sobre sus orígenes, dinámicas y tendencias*. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana.
- Descartes, R. (1995). *Principios de la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Galilei, G. (1981). *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*. Madrid: Editora Nacional.
- Juan Pablo II (2021). *Constitución Apostólica Ex corde ecclesiae del sumo pontífice Juan Pablo II sobre las universidades católicas*. Disponible en: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15081990_ex-corde-ecclesiae.html.
- Poupard, P. (2005). *Santo Tomás de Aquino y la vocación de la universidad católica*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.
- Rivero, J. (1998). “La educación infantil en el siglo XXI. Proyecto principal de educación en América Latina y el Caribe”. *Boletín UNESCO*, 47, pp. 36-69.

1 Si entendemos democracia como libertad de pensamiento, expresión, reconocimiento como persona digna sujeta a derechos y deberes, y no en la limitada visión que la reduce a un derecho a votar.